

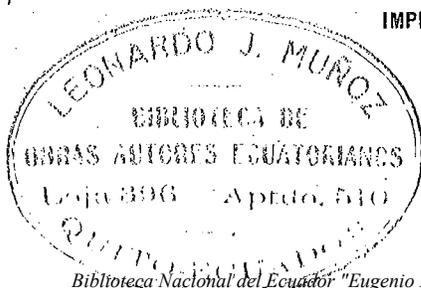
CHAGROFILO

TIPOS NACIONALES

EL CHAGRA-COMUNISTA

Valor \$ 0,25

IMPRESO POR R. JACOME T.
QUITO-1932



**Derechos exclusivos de
propiedad de los editores.
Reproducción prohibida.**

EL CHAGRA-COMUNISTA

No han de faltar seguramente algunos lectores de este opúsculo que hayan leído el anterior en que se retrató, aunque con pincel inhábil, al chagra-estudiante, y no han de faltar tampoco algunos que se imaginen erróneamente que estos tipos nacionales son diversos, que son diversas especies de la fauna andina el *chagra ignorans*, el estudiante, y el *chagra rapax*, el comunista. Hacen falta un Cuvier y un Buffon que clasifiquen tan interesantes especies de un mismo género.

El uno y el otro pertenecen a la historia, no a la Historia nacional, por de contado, ni menos aún a la Historia sagrada. Ambos se encuentran dentro de la esfera de la Historia Natural.

El chagra-comunista es tan sólo una continuación, un apéndice, el digno remate del chagra-estudiante. En virtud de las leyes de la evolución zoológica, el chagra-estudiante se convierte en chagra-comunista, como el *güilluigüilli* (renacuajo) en sapo, o la larva en sabandija.

Hay además las leyes de la herencia, el atavismo que se extiende no sólo a la especie humana sino también a las especies inferiores. El chagra-estudiante no ha hechado en sacro roto las enseñanzas del chagra mayordomo de predios completamente rústicos.

Cierto chagra mayordomo reconvenía a uno de sus hijos que desoyó las indicaciones conducentes a que se robase (o *desfalcase* como dicen ahora) un novillo de su patrón, un infeliz novillo que libre de cuidados se encontraba tranquila-

mente en el páramo. Nunca has de llegar a ser nada, nunca has de llegar a trabajar, le dijo, porque hasta ahora no has ido a vender honradamente el novillo del patrón en la feria de Saquisilí.....

El chagaa-estudiante pasó las de Caín antes de llegar a ser el chagra-comunista. En los últimos días de su permanencia en el plantel de enseñanza superior tuvo graves contrariedades que dieron remate a la primera etapa de su carrera.

Cierto estudiante, aplicado pero travieso, oriundo de una de las principales ciudades del centro de la República, fijó en los claustros de cierta Universidad un cartel que literalmente decía: «Se reciben a mesada chagras-estudiantes, sin responsabilidad».

Leer la terrible pulla y averiguar por el autor todo fue uno para el chagra-estudiante. La inscripción le recordaba la que vió en la portada de la hacienda del fundo donde servía su padre; y no pudo tolerar semejante alusión de carácter netamente personal. Le desafió al atrevido, al menguado que así trataba de herirle; pero no contó con la huéspedada, recibió unos cuantos mogicones y su cuerpo cobrizo quedó convertido en algo así como el sacro colegio de cardenales.

No transcurrieron muchos días cuando el chagra-estudiante quiso celebrar *la fiesta del trabajo*, él que nunca ha trabajado, él que no sabe lo que es algún esfuerzo material o intelectual. Se asoció a varios de sus congéneres, se lanzó a las calles, vociferó contra los capitalistas y *burgueses*, injurió a las autoridades, proclamó la *revolución social*, casi mecánicamente, porque no entendía el sentido de esas palabras; vino la fuerza pública.....y aquí fue troya.

En lo más *álgido* del entusiasmo, como dice el chagra sin saber tampoco lo que significa ese término, los encargados de cuidar el orden perdieron los estribos, aun cuando estaban a pie, y comenzaron a descargar furibundos garrotazos, que recordaban los del arriero al inolvidable héroe de la Mancha.

Un chapa-chagra cuando malfería al chagra-estudiante le daba consejos cuasi paternos, aunque un poco bruscos, como que no hubiera olvidado el adagio chagregil: *la letra con sangre dentra*.

Mientras le administraba el sacramento de la confirmación con instrumentos de madera, le decía: para que estudcen! por qué no estudcan! y otras amonestaciones igualmente semi paternales y algo contundentes.

Este sentimiento de paternidad del chagra-chapa respecto del chagra-estudiante debe arrancar sin duda del parentesco que les liga a los dos. Ambos tienen un mismo origen, ambos han venido desde pueblos remotos para buscar la vida, para abrirse amplios horizontes en la feliz capital del Inca.

De aquí se colige la unidad de la especie entre el chagra-chapa y el chagra-estudiante, entre el uno que restablece el orden a su modo, y el otro que está llamado a ser chagra-comunista, chagra profesor, chagra con pretensiones de literato y a veces chagra rector, sin que por eso deje de ser chagra hasta la médula de los huesos y hasta las raíces del pelo de la cabeza.

Así en forma dolorosa terminó la carrera del chagra-estudiante; porque la Providencia se vale de diversos medios e instrumentos, tanto para premiar a los buenos como para castigar a los malos chagras-estudiantes.

II

Por mal y mal cabo el estudiante chagra ha concluido sus estudios, digámoslo así. A pesar de la misericordia de los profesores, a uña de caballo obtuvo la muceta de doctor. Cuando se la colocaban, uno de sus compañeros, bromista empedernido, decía que no parecía sino que le están ensillando al futuro Justiniano o al neófito Hipócrates.

Para beneficio de la cultura nacional, para honra del foro o del cuerpo médico, un nuevo doctor va a lanzarse por esas calles de Dios en busca de clientes, que en todo caso resultaran pacientes; en busca de infelices a quienes favorecer con su sabiduría, con la sabiduría que se les derrama por todos los poros de su cuerpo un tanto acardenalado.

Y entonces empieza el *via crucis* del chagra-estudiante convertido ya en chagra doctor en leyes, porque prefiere esta carrera, en la mayoría de los casos, ya que se presta mejor para las exacciones de los infelices, para la vida pública, para

convertirse en agitador, en apóstol de las modernas doctrinas, en baluarte de la revolución social, en una palabra, en chagra-comunista.

Los padres del que fue chagra-estudiante, al saber por informes que él mismo le ha dado, que terminó la carrera con éxito brillante y entusiasta aplauso de la prensa de todos los partidos, resolvieron suspenderle la mesada de que había gozado durante una década entera para obtener el título de abogado.

Creyeron, y no les faltaba razón, que el nuevo doctor debía vivir ya de su trabajo, y ateniéndose a los informes que les suministró, repletos de mentiras, esperaban que desde el día siguiente había de empezar a recibir pingües honorarios que le permitieran nadar en la abundancia.

El chagra-doctor, haciendo supremo esfuerzo, instaló su *estudio*, como él lo llamaba, en un chiribitil que estaba situado estratégicamente, en las inmediaciones de juzgados parroquiales. El estudio se parecía mucho, por la elegancia y distinción, a la fonda de la señora Amelia. Una mesa de Chillo cubierta de gacetas, a guisa de tapete, dos o tres códigos descuadernados, otras tantas novelas de Vargas Vila, un diccionario de Escriche, un sofá con remiendos, lamparones y ceniceros, dos botellas en las que habíanse encajado velas de cebo, para el trabajo nocturno, he aquí los instrumentos del chagra-doctor y futuro chagra-comunista.

Pero los clientes no asomaban por ninguna parte y el Papiniano de Yurac-cunga pasaba horas enteras bostezando, a no ser los momentos en que leía cuadernillos de propaganda revolucionaria, de esos que se distribuyen gratuitamente como los almanaques en que se encomian las virtudes de ungüentos para las sarnas o de específicos infalibles para los callos.

Como cae un premio de la lotería caía, sí, literalmente caía, algún infortunado cliente, por lo general avencindado en una de las parroquias rurales. El chagra-doctor, chagra-comunista ya merced a la lectura de esa especie de almanaques, se repantigaba en el sofá, adoptaba actitud majestuosa, escupía por el colmillo y escuchaba con aire de superioridad la consulta del campesino su congénere, que casi siempre se reducía a pedir consejos sobre el modo de apoderarse, sin título alguno, de unas cuantas varas de terreno pertenecientes a uno de sus vecinos o de los animalitos de un arriero de su compadre.

El chagra-comunista y doctor por añadidura, daba consejos oportunos, que las más de las veces consistían en buscar testigos falsos, en alterar firmas, en borrar linderos y otras prácticas inspiradas en las más profundas doctrinas de renombrados juriconsultos que le habían precedido en el ejercicio de la profesión.

El chagra-comunista tiene tarifa maduramente preparada para fijar el precio de los escritos que ha de suministrar al cliente campesino, el único que tiene, el único que, siquiera por apoderarse de lo ajeno, busca para que lo patriocine uno de esos abogadós que llevan a la práctica la sublime doctrina de que la propiedad es un robo y el robo es una propiedad.

En las tarifas, fijadas en el lugar más visible del estudio, no hay regateo que le valga: un escrito con citas sólo de los códigos vale ochenta centavos, y el doble si se cita además a Escriche.

Naturalmente la tarifa en metálico tiene su recargo en especie: huevos, gallinas, cuyes que, como dice el chagra-estudiante al pobre campesino, son indispensable para *conchavar* a los Ministros de altos tribunales donde afirma que se sustancia la causa, el ruidoso litigio que versa sobre seis varas de terreno o dos mulas del descuidado compadre que no sabe la sorpresa que le espera.

No es raro el caso de que dos chagras comunistas, chagras juriconsultos a la vez, arrienden a medias un solo local para el *estudio*. El uno de ellos se presenta como defensor de los pobres campesinos candidatos para la explotación, y el otro es el asesor que ha de fallar la causa. Trabajan a cuatro manos los escritos de defensa, a cuatro manos pronuncian el luminoso fallo y a cuatro manos, o quizá más, despluman al cliente y a la parte contraria, puesto que el compañero asigna para su socio fabulosos honorarios por escritos de cajón, que bien pudiera redactarlos una *cajonera* o *buhonera* del portal.

Pero con eso y todo la situación económica del chagra-comunista se va volviendo de lo más tirante. Ya no tiene la mesada que le enviaban sus padres, y los menguados honorarios en dinero y especie no le alcanzan ni siquiera para pagar el arrendamiento de su estudio.

El sombrero de terciopelo se acabó por consunción, las botaninas de color de patito han seguido la misma tristísima

suerte, el saco, dos o tres veces volteado, inspira lástima. Tiene que apelar al *coco* que le servía para los días de fiesta; pero con el uso continuado llega a graduarse en Teología dogmática. El jaquet le hace competencia al coco, a ese pobre coco descocado o desfondado que sustituye por un *mocora* de segunda mano, que parece más bien pedazo de estera de Nación ahormado con poca habilidad y conocedor igualmente de ciencias celestias.

No es posible que continúe esta angustiosa situación, y resuelve adoptar medidas heroicas. El comunismo es la única tabla de salvación; puesto que no se conforma con su tristísima figura que recuerda la del *diablo sin cejas*, ni menos con las penurias que padece, con las privaciones que le atormentan, comiendo en fondilla de mala muerte, viviendo en cuartuchos de muerte pésima, luciendo por todas partes su jaquet y su coco o su *mocora* cubiertos con varias capas geológicas de cebo y de polvo.

Por fortuna para el infeliz, vino de remotas tierras un agente de cierta sucursal del comunismo ruso, y vino disfrazado de agente diplomático. El pobre chagra se puso en comunicación con él, hubo de exhibir sus títulos como comunista de nacimiento; recordó cuánto había sufrido por la causa de las *revindicaciones sociales*; le enseñó escritos incendiarios que eran obra de otras personas, chagras igualmente comunistas pero algo menos intonsos.

El agente del comunismo extranjero cayó en el garlito. Le encargó al chagra-doctor que organizase un centro comunista, le proporcionó los recursos suficientes para conquistar prosélitos y fundar periódicos que proclamasen doctrinas disolventes.

El chagra, como el negro albacea del cuento, se dijo para sus adentros: centro comunista, o comunista de centro, yo mismo soy, periódico comunista yo mismo soy, reivindicaciones sociales yo mismo soy, y se embolsillaba tranquilamente los centenares de sucies que le entregaba el falsificado diplomático.

Con estos recursos caídos del cielo soviético, el chagra-comunista volvió a los felices tiempos de chagra-estudiante. Mandó a la porra al jaquet arqueológico, el coco descocado y el *mocora-estera*. De nuevo volvió a usar sombrero de terciopelo, botainas de color patito, claveles en el ojal, corbatas abirragadas y se convirtió en un verdadero *dandy*; pero siempre chagramente, siempre cursi, siempre con extravagantes combi-

naciones en su indumentaria, que resplandecía por el mal gusto, si es que cabe semejante resplandor.

III

El chagra-comunista, para devengar las asignaciones que periódicamente recibe, tiene que fingir vertiginosas actividades en favor de la causa de las reivindicaciones del proletariado y organiza centros del más rojo comunismo, compuestos de una docena escasa de antiguos-chagras estudiantes y unos cuantos vagos vitalicios.

Y no quedan en esto las cosas. El chagra-comunista funda periódicos en que compiten la audacia y la ignorancia, escritos en un idioma que tiene remota semejanza con el castellano; pero en el que se instiga al pueblo para la matanza de los capitalistas (como si los hubiera entre nosotros), para el saqueo e incendio de propiedades, para el reparto de latifundios, que no existen sino en la menguada imaginación del chagra-comunista; para concluir con todo lo que se significa orden, civilización y cultura.

En nuestras ciudades nadie lee esos periódicos ni de balde; porque causan bascas y pueden producir hasta cólico miserere. La edición íntegra toma rumbo al exterior, va a parar a los centros que proporcionan el dinero destinado a las reivindicaciones sociales, el dinero que en definitiva sólo sirve para que se lo distribuyan los chagras-comunistas del centro o del follón y las cuatro vagos adherentes, para los jolgorios de todos ellos, para que su indumentaria recobre la pasada y chagresca grandeza.

Buen cuidado tienen, eso sí, de comunicar que el público devora las ediciones de los tales periódicos, a pesar, de que se imprimen millones de ejemplares, que las ideas libertarias han llegado al alma de las masas, de las masas sin alma querráa decir, como la masa que se fabrica el pambazo en los hornos de barrio o como la masa que sirve para chigüiles mazacotes fritos en *mapa huira*.

De cuando en cuando, asimismo para explotar a los benefactores y tenerles delicadamente engañados, el chagra-comunista convoca motines que se lanzan a las calles en medio de la rechifla popular, pronuncia discursos de carácter ultra re-

volucionario y demoledor que comentan los oyentes derramando a munos llenas la epigramática sal quiteña.

Los inofensivos agentes del orden, a quienes insultan groseramente, se sulfuran, les acomodan una que otra paliza de confianza, resultan los bochincheros con tal o cual rasguño o cardenal sin mayores consecuencias; pero los periódicos comunistas que nadie lee y sirven sólo para exportación, publican que los libertarios han sostenido desigual combate, que han vencido a follones y malandrines, que han sido víctimas de la fuerza bruta, que se han teñido en sangre todas las calles de la capital, que la indignación es tan ardorosa que ya llega, sin dilación alguna, el triunfo definitivo de las ideas soviéticas.

Ya organizaron motines, ya fundaron periódicos y ahora lo que les falta son asambleas comunistas. Traen con engaño, de remotas parroquias, unos cuantos indios que ni siquiera hablan castellano. Les hacen sentar en sillones de resorte facilitados por alguna corporación condesendiente, y es de verse la tal asamblea en donde se llega a lo sublime del ridículo.

Los compañeros Chiluisa y Pucachaqui casi no pueden soportar el tormento de sentarse en sillón, ni menos sentarse en sillón con resortes y forrado de seda. A su lado está el compañero chagra-doctor que le pellizeca al vecino, al pobre indio abobado que no sabe que hacerse, para que se ponga de pie en señal de que aprueba la moción que se discute.

Al otro día los periódicos comunistas reseñan el acto sublime en que la raza vencida, libertada ya de la servidumbre, se congrega en solemne asamblea, pronuncia discursos elocuentes y formula *postulados*, como dicen, que reflejan el resurgir de los proletarios para llegar a la meta del engrandecimiento, cuando sólo se ha llegado a la meta de lo risible. Según la costumbre, estas reseñas no van sino a poder de los paganos, es decir, de los que pagau los gastos del regocijado sainete.

Se ha dado el caso de que asista a las famosas asambleas tal o cual simulado comunista enchagrecido, si cabe decirse, descendiente de personas distinguidas; pero que procura aparentar *filantropía* y amor al proletariado para acrecentar su cuantiosa fortuna, o para rehacerla si acaso ha venido a menos.

Estos comunistas de cara blanca son una calamidad. Para aparentar sus sentimientos *altruistas* obsequian a campesinos unas laderas estériles, empinadas e inaccesibles, casi per-

pendiculares, en donde sería preciso arar los terrenos con gatos y sembrar las semillas valiéndose de escopetas.

Y no es eso todo. A veces los terrenos donados generosamente pertenecen a personas distintas del donante, y no es difícil que una vez cultivado por los crédulos campesinos, con cualquier pretexto vuelvan a poder del filántropo, como no es raro tampoco el reparto de tierras a los indios necesitados de ellas, reparto desinteresado también, porque no se les cobre sino el módico precio de un sucre el metro cuadrado, cuando no vale quizá ni la cuarta parte.

Estos comunistas urbanos, que deben ser llamados así, no por la urbanidad sino porque nacieron en ciudad importante, hacen recordar el epigrama de aquel don Diego de Robres que hizo un hospital, pero primeramente hizo los pobres.

IV

Quizá no carezca de oportunidad una digresión. El chagra-comunista es esencialmente ignorante, sobre todo en cuanto atañe a la historia nacional. No sabe el significado de ciertas fechas que conmemoran el aniversario de pasados sucesos o en que se rinde homenaje a quienes, verdaderamente patriotas, velaron por las libertades públicas o por ellas fueron al sacrificio.

Y así confunden hechos, cosas y casos; los convierten en un *pandemonium* o pan de los demonios como traduciría el más ilustrado de los de su clase.

Se trataba de honrar la memoria de obreros y estudiantes de ideas sanas, de sentimientos elevados, que en forma correcta quisieron que resurgiese la libertad electoral. El chagra-comunista creyó que se trataba de algo que tiene relación íntima con soviet, con las ideas libertarias, con las reivindicaciones sociales, con las bombas de dinamita, con el incendio y la matanza. Confundi6 una fecha clásica para los amigos de la libertad, el orden y las garantías con la fiesta del trabajo, que, desnaturalizada, se ha convertido en ocasión propicia para que luzcan sus instintos, no los trabajadores sino los hijos de la ociosidad y la ineptia. En un tris estuvieron de creer que era fiesta comunista *el día de la madre*.

Y allí van griterías, y allí van discursos cursis, y allí van las algaradas en que asoman como protagonistas el chagra-co-

munista que maneja los códigos descuadernados y el chagra-comunista facultativo, mediquillo sin clientela y que cuando la tiene es el mejor proveedor de materia prima para los cementerios.

El chagra-estudiante maldice contra la dictadura, abomina los crecidos sueldos de los burócratas; pero si un dictador lo ofrece empleo y le favorece con rentas, gustoso las acepta, se da aire de funcionario, trata con desdén a los obreros que lo buscan para cualquier asunto de oficina, se convierte en un empleomaníaco servil.....hasta cuando por la ociosidad y la ineptitud le despachan con cajas destempladas.

Entonces el chagra-funcionario vuelve a ser otra vez chagra-comunista, difama al gobernante que lo empleó, muerde con rabia la mano que le alimentó durante largo tiempo, proclama su altivez indómita, propia de seres no domesticados, vuelve nuevamente a los centros de agitación y de trastorno.

Después del paréntesis en el comunismo, proveniente del sueldo crecido, estalla con más violencia, redobla sus afanes para trastornar el orden y dejando la ubre del tesoro público vuelve a exprimir la del comunismo extranjero, si acaso se suspendió la lactancia durante el interregno.

Hay otro tipo del chagra-comunista, el que viene de lueños tierras ya *maltoncito* y a veces maduro, en ocasiones para concluir sus estudios en la capital y en otras cuando sus comprovicianos le sacaron a espetaperros por las perrerías de todo género con que fue el azote de su ciudad natal.

Esta nueva especie de chagra-comunista es quizá la peor de todas. Avezado a las malas artes del fraude y la intriga, Inadaptado más si cabe, a la nueva sociedad en que viene a vivir, con resabios de mayoral pícaro o de tinterillo aldeano, no repara en medios para abrirse camino, como cuando allá en su pueblo se trepaba por *chaquiñanes* y vericuetos para coronar prontamente la cumbre de los cerros.

Ciertos rucu-chagras-comunistas llegaron también a leer los consabidos almanaques que se distribuyen gratuitamente y en que se lanzan rayos y centellas contra latifundista y burgueses, contra capitalistas y contra la gente de elevada posición social.

No bien descargado en la capital el chagra-comunista *maltoncito* o semi maduro, hace viaje de exploración por diversos

barrios y por los alrededores de la ciudad a fin de comenzar la ardua labor que cree que le corresponde según le inculcaron los almanaques comunistas.

Va a parar en el Ejido, antes de que fuera Parque de Mayo. Contempla una extensión de terreno que le parece incommensurable y concibe el proyecto de la distribución de ese enorme latifundio que se llama Ejido, para fomentar la pequeña propiedad, para impedir que haya tierras incultas, como es inculto su menguado entendimiento.

El infeliz no había conocido sino el *huasipungo* de una de las ramas de sus antepasados y el cobertizo inmediato al trapiche donde vegetaron los antepasados de la otra rama.

Entra a la Catedral, más que por curiosidad, para hacer alarde de llevar calado hasta las cejas su sombrero que ha sufrido las inclemencias del cielo en su larga peregrinación.

Alcanza a divisar al viejo pertiguero con su uniforme característico y su guión de plata, que sirve principalmente para ahuyentar a los perros que penetran al templo y a los muchachos malcriados. Ese debe ser un burgués, dice para sus adentros al tener cerca de sí al perdiguero; le clava la mirada con rencor y aún le hace gestos, reconcentrando en ese pobre vigilante del templo el odio contra los burgueses, tan escarnecidos en los almanaques comunistas.

Porque para el chagra-comunista las ideas y las palabras favoritas son latifundio y burguesía. Cuando perpetra algún artículo, repite por lo menos doscientas veces tan odiosas palabras y otras tantas reivindicación social, revolución social, ideas libertarias, pendón rojo y otras pen.....dolerías de igual calibre.

Y con eso y todo, y quizá precisamente por eso, adquiere la fama de escritor entré sus congéneres más ignorantes que él. Nadie sabe lo de nadie. Sus mal pergeñados artículos o lucubraciones en que comienza a decir que *el abajo suscrito* es la quinta esencia del comunismo, son revisados y corregidos por cierto profesor de humanidades, católico a macha machote que, conocedor de la gramática, tacha, borra, reforma los mil dislates ortográficos y de sintáxis de que están plagadas las obras maestras del maestro chagra-comunista.

Hasta para el seudónimo que elige el chagra-comunista de mi referencia, es extravagante y de mal gusto: firma Ado-

nis, o bien Narciso, el cfebo que, mirándose en una fuente de agua cristalina, se murió de amor a sí mismo. Y resulta que el Adonis o el Narciso es el reverso de la medalla, con su cara que parece eurota fabricada por el *Guagroco*, con su cabeza en que no hay enormes anillos de azabache, como dijo el otro, sino que recuerda batea de melcochas medio grises fabricadas con renoprida raspadura de yumbo.

Otras veces adopta como seudónimo el nombre propio del histórico árbitro de la elegancia. Sí que le cuadra este nombre a las mil maravillas. Su saco, verdadero saco de transportar patatas, su pantalón con mil arrugas parece acordeón desvencijado y su cuello, de color indefinible, es el mismo que se estreñó, en tiempos remotos, cuando quizá, empleando peal, le acomodaron la mucetá de doctor.

El chagra-comunista, filántropo, *ensayista*, según él mismo se llama, aspirante a los más elevados cargos, es enemigo de la raza blanca porque no pertenece a ella, de la raza negra porque en sus venas corre la sangre de los *Quillacingas*, y de la raza india porque han pigmentado su piel los descendientes de Cam.

Eso no obsta para que se erija en defensor del indio sólo por mortificar a los blancos y para que oprima a los indios cuando le han conferido algún empleo cualquier gobernante de mal gusto, contra quien conspira desde el mismísimo Palacio de Gobierno.

Este es el personaje dilecto del chagrismo comunista, este el que quiere erigirse en conductor de multitudes y en apóstol de *juventudes*; cuando a lo más puede conducir los bueyes que den movimiento al trapiche primitivo, y si es apóstol lo será de aquellos que se congregan en la Catedral en una de las ceremonias de la Semana Santa.

Congénere, hermano siamés de este personaje es el rucu-chagra-comunista que parece viejo y destripado cojín de automóvil, si por lo grasiento, si por las cerdas que se derraman por todas partes.

Parece también pedazo de tronco cubierto de *salvaje*, esa liana que sirve para envolver las preciosas frutas que nos viene de Ambato; y salvaje es el rucu-comunista, en toda la extensión de la palabra, por más que haya sido desde tinterillo en su pueblo, situado a inmediaciones de ilustre ciudad, has-

ta maestro de la juventud a quien corrompió y magistrado de un alto tribunal.....que llenó de garrapatas.

Según refiere la tradición, el ex-tinterillo fue quien estrenó el baño garrapaticida de Conocoto, aun cuando no ha logrado verse libre de semejantes alimañas ni de su comunismo de pega, de farsa y de explotación.

Preciso ha sido recorrer toda la escala zoológica del género chagreril y clasificar, aunque someramente, las diversas especies: el chagra-estudiante, el chagra-comunista, el rucu-chagra-comunista, el chagra-comunista de pata de banco, ganado por las garrapatas y perdido por sus malas inclinaciones y por sus peores acciones.

El chagra-estudiante nos hace pasar ratos agradables, hasta nos endulza la vida y se presta para los donaires, para las burlas de nuestro epigramático pueblo, mientras es inofensivo, mientras se gallardea ufano con su chaleco de terciopelo y sus botainas de color de patito.

Pero cuando le tenemos de agitador, de trastornador del orden público y enemigo de la propiedad, si bien no pierde su carácter risible, se convierte en amenaza, en sér peligroso, y entonces no queda más remedio que acudir al chagra-chapa para que le amoneste, le aconseje y le domestique.

El chagra-comunista, si acaso se manifiesta sólo por sus escritos, es también entretenido por sus dislates que hacen temblar el misterio, por su literatura de manicomio, por sus discursos incoherentes que hieren tan sólo al sentido común, el sentido menos común entre la turba comunista.

Por desgracia el chagra-comunista da un salto de la literatura y la oratoria *sui generis* a los bochinches, a los escándalos callejeros, al foro en que emplea todas las armas ilícitas, desde los códigos descuadernados hasta la estafa con que esquilma a su propio cliente y las malas artes con que desvalija a la parte contraria.

El rucu-chagra-comunista principió por comer en la fonda de la señora Amelia, a quien comenzó a requerir de amores, siendo más fea que una patada en el estómago, y llegó a conquistar su corazón y algo más, sólo por el interés de que no le cobrase la pensión, como si dijéramos lo comido por lo servido; y hasta aquí es también inofensivo aunque no digno de aplauso.

Pero cuando tira por el camino de la *vida pública*, cuando comenzó a desgañitarse con latifundio por aquí, burguesía por allá, cuando pretendió llegar a las alturas, unas veces con audacia y otras con el servilismo, cuando conquistó prosélitos entre la gentuza sin discernimiento, no hay sino que santiguarse con ambas manos o santiguarle con los dos pies.

Y el otro rucu-chagra-comunista, el de las garrapatas, el trozo de banco recubierto de salvaje, este sí que es como si dijéramos la tapa del comunismo, tapa de palo también, al que hay que destaparle, no con armas mortíferas, sino con el acial del ganadero.

Dígase lo que se quiera, la sociedad tiene en gran parte la culpa de los retozos con que nos mortifican los chagras-comunistas. Aplástelos con la maza de la indignación, húndales y entiérrreles bajo la loza del ridículo, y esas pocas docenas de agitadores chagreriles volverán, unos al *huasipungo* de donde salieron, y otros a las madrigueras infectas donde vieron la primera luz, si es que alguna la han visto en su oscura y tenebrosa vida.

Dr. Luis J. Borja

Véase la autopsia del
chagrero del 2º N°
de "Realidad" (Pág. 2)